

EL DILEMA DEL MODELO CATALÁN

MANEL PÉREZ

LA VANGUARDIA, 18.11.07

Por qué no vamos a ver al presidente de La Caixa y le decimos que lidere a un grupo de empresarios catalanes para comprar Iberia". Con esta frase se despachó el hotelero Joan Gaspart en una ejecutiva de la Cambra de Barcelona poco después de la adjudicación de la terminal Sur de El Prat. Reflexión que condensa el alcance y los límites de la ambición empresarial catalana. Los compañeros de Gaspart, con su presidente Miquel Valls al frente, echaron mano de la historia y le convencieron de que lo mejor era olvidarse.

El lunes pasado, en el mismo escenario reinaba el desconcierto. El Círculo de Economía había presentado su documento crítico con el empresariado catalán. En la Cambra los tibios opinaban que el papel de la junta que preside José Manuel Lara era inapropiado e inoportuno. Los más decían cosas aún más fuertes. En Foment, más de lo mismo. La aparente unanimidad saltaba por los aires.

Cuando Montilla denunciaba en Madrid el abandono del Estado y después de que Foment hubiera presentado un informe denunciando cuán poco tiene en cuenta el presupuesto central las necesidades de la primera región económica del país, justo en ese momento, un foro tan solvente como el Círculo abre el frente de la duda interna, dicen los críticos.

Sin embargo, ¿ese anhelo de unidad se corresponde con la variada realidad empresarial? ¿No refleja más una visión teórica e irreal del país?

El mundo de las empresas está atravesado por muchas fallas: según el alcance del mercado en el que operan y si son grandes o pequeñas; entre las reguladas por la Administración central o la autonómica y las que operan en mercados abiertos; entre las industriales y las poderosas financieras...

Cada uno ve las cosas según le van. Cuando presidía La Caixa, Josep Vilarasau explicaba con orgullo que "a los catalanes nos va bien en el mundo de las finanzas" y contradecía uno de los axiomas económicos preferidos del nacionalismo convergente de Jordi Pujol que durante tantos años ha moldeado la cosmovisión catalana.

Ópticas diferentes para realidades distintas. En el Círculo, financieros, propietarios de grandes empresas y ejecutivos marcan la pauta. El grupo mayoritario en su junta es el de las finanzas en el sentido amplio: siete sobre 22; tres pertenecen a la empresa familiar clásica y dos a grandes grupos y multinacionales, entre ellos su presidente. El resto, servicios empresariales de alto nivel (abogados y economistas) y mundo académico.

El documento del Círculo está pensado en términos de poder, más exactamente de influencia sobre el poder, el del Estado, en consonancia con la dimensión de las empresas y bancos que en él están representados y su papel en el universo de la globalización financiera, en su lado más glamuroso y dominante. Su programa, piensan las otras organizaciones empresariales, sólo está al alcance de unos pocos, máximo un centenar de empresas. Aun así, afronta un dilema ineludible, las relaciones de fuerza con el poder político central, el que sigue arbitrando la asignación de los recursos, y el económico, los grandes

grupos del capitalismo español. Al Círculo le inquieta la falta de masa crítica para hacer valer sus propias aspiraciones en Madrid.

Es un camino que Foment - representante de la industria catalana mayoritaria, pequeña y mediana, la que encara la globalización caso desde un lado más discreto y duro- está recorriendo a la inversa. Vive un agrio choque con la CEOE. La sustitución del incombustible José María Cuevas por Gerardo Díaz Ferrán no ha mejorado las cosas. Ve impotente cómo su voz es despreciada por la displicente cúpula de grandes patronos que desde Madrid regula el reparto del gasto público con criterios de proximidad. Reconoce, coincidiendo con el Círculo, que el tan elogiado modelo empresarial catalán condena al minifundismo. Así, su presidente, Juan Rosell, avanza hacia planteamientos más autonomistas y exige la publicación de las balanzas fiscales.

Condicionados por la dimensión y la pelea a cuerpo descubierto en el mercado, Foment y la Cambra, una potente organización que estructura en el ámbito local un tipo de empresariado similar, aunque su alcance va más allá de Barcelona, confían más en la descentralización que en la influencia sobre el poder central.

Son visiones distintas entre las que palpita la ausencia de un liderazgo integrador, que no puede ser sólo una suma de las partes. En cualquier caso, una pugna que debe ganar profundidad para rehuir el retorno a una suerte de gremialismo de grupos de interés. No hace falta decir que la política tiene aquí mucho que decir.